

## EDITORIAL

# **Diario 16, por la estabilidad y por el cambio**

**(Nuestra posición electoral)**

Un periódico no es una fría empresa comercial, ni tampoco un instrumento de dirección ideológica, política o religiosa. Pero cuando un conjunto de personas con determinadas inquietudes forman una empresa para dar información y opinión de manera plural y abierta a la sociedad de la que son parte, es obvio que pretenden contribuir de una forma concreta a su mejora y renovación.

Y si estos ciudadanos son demócratas, es natural que, en vísperas de un día democráticamente sagrado como es el de las elecciones, intenten comunicar a sus lectores el entusiasmo que todo español debe sentir ante la posibilidad, tantas veces negada en nuestra Pátria, de escoger libremente a quienes nos han de gobernar.

Conste, pues, en primer lugar, nuestra más ferviente invocación a la participación electoral, como exponente supremo de la movilización de nuestro pueblo en defensa de un sistema racional, respetuoso y tolerante de resolver los complejos conflictos propios de toda sociedad moderna. No cabe mayor testimonio contra la grosera agresividad del terrorismo, contra la agresiva grosería del golpismo, que esas largas colas solidarias de ciudadanos con muy distinta intención de voto, pero una misma idea global de España como Monarquía constitucional y parlamentaria.

# **Diario 16, por la estabilidad y por el cambio**

## **(Nuestra posición electoral)**

*(Viene de primera pág.)*

En el trascendental momento de ejercer el derecho al voto, desearíamos que nuestros lectores se sintieran motivados por dos ideas que, si en apariencia pueden resultar contradictorias, en la práctica es imprescindible que sean complementarias. ¿Cómo conseguir, por un lado, estabilizar la democracia española, después de este triste último bienio, en el que ha terminado por enraizar el miedo, y cómo conseguir, al mismo tiempo, avanzar por los anhelados caminos del cambio hacia una sociedad más abierta en a libertad y la justicia? Lo primero, requiere grandes dosis de serenidad; lo segundo, un cierto sentido del riesgo.

Aunque ninguna de las opciones políticas en liza combina uno y otro ingrediente, en la proporción exacta que desearíamos, sí que podemos percibir la presencia de ambos en tres ofertas, que pasamos a describir.

El primer lugar lo ocupa, obviamente, ese Partido Socialista que Felipe González y sus colaboradores han tenido la habilidad de convertir en gran catalizador de tantas aspiraciones colectivas. A pesar del dogmatismo residual de parte de su programa, a pesar de la miopía de algunos sectores de sus bases, a pesar de la irregular preparación de sus cuadros, el PSOE encarna hoy las más sólidas esperanzas de hacer de España una Patria civilizada y humana, en la que la mejora de la calidad de vida sea el norte primordial de quien gobierne.

Por tanto, pensamos que cualquier persona con mentalidad progresista —aunque no sea ni socialista, ni de izquierdas— puede entregar su voto al PSOE, en la confianza de que González sabrá honrar su tantas veces reiterado compromiso de no hacer del cambio patrimonio exclusivo de sus huestes.

Si la decisión de votar al PSOE puede brotar espontáneamente de la ilusión de apoyar una oferta fresca, renovadora y nueva, la decisión de inclinarse por cualquiera de las dos alternativas centristas tiene que ser, necesariamente, fruto de una fría reflexión y un claro sentido utilitario: del propio sufragio.

Tanto la UCD como el CDS aportan en una lectura superficial, casi tantos elementos de rechazo que factores de adhesión. La forma en que quedaron elaboradas las listas que encabeza Lavilla, tras la ruptura con los liberales, no fue sino la culminación de una de las más tristes peripecias protagonizadas por un partido en el poder. Y el CDS no ha surgido como consecuencia de una necesidad ideológica, sino por una decisión particular de un líder.

Todo indica que los pecados de ambos bandos —y el más garrafal de ellos es presentarse separados— van a tener su merecida penitencia en unos limitados resultados electorales. De lo que se trata es de evitar que su justo castigo revierta contra toda la sociedad, produciendo una legislatura en la que ni siquiera haya grupo parlamentario centrista. Y como la rotunda bipolarización de la Cámara nos parece —sobre todo con Fraga enfrente— el augurio de todo tipo de desastres, por eso recomendamos también el voto a UCD y CDS, aunque para ello sea preciso fingir la pérdida temporal de la memoria.